

PRIMER SERMÓN

DE LA

ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Non in manufacta sancta intróicit Jesus, exemplaria verorum, sed in ipsum caelum ut appareat nunc cultus Dei pro vobis.

Jesucristo no entró, en el santuario, obra del hombre y simple figura de lo verdadero, sino que entró en el cielo mismo, para presentarse eternamente por nosotros ante la faz de Dios. (Hebr., IX.)

Al gran sacerdote de los judíos estaba reservado el derecho de entrar, una vez al año, en aquella parte del templo de Jerusalén llamada el *Santo de los Santos*. Aquel santuario, obra de las manos de los hombres, y construido por orden de Salomón, no era más que el símbolo y la representación de las realidades futuras. *In manufacta sancta exemplaria verorum*. Así que, el gran sacerdote no comparecía más que delante del Arca, monumento de la alianza divina, pero en la que Dios no hacía descender su gloria sino excepcionalmente y por un verdadero milagro.

A Jesucristo pertenecía entrar el primero en esa mansión celestial, obra del mismo Dios, morada de gloria y de felicidad sin fin: *In ipsum caelum*. A Él, en quien habitaba corporalmente la Divinidad, pertenecía el presentarse sin velos ni símbolos, ante el rostro de Aquél cuya

gloria y esplendor expresa y refleja: *Ut appareat nunc vultus Dei.*

La entrada del sumo sacerdote de los judíos en el santuario terrestre no era más que una ceremonia estéril, que no tenía otra utilidad que preparar la revelación de nuestras esperanzas y figurar su cumplimiento. Pero la entrada de Jesucristo en el santuario de los cielos es el complemento de la misión del Redentor, es la toma de posesión de la herencia que había venido á conquistar á la humanidad entera, es la continuación de ese sacrificio ofrecido por nosotros en el tiempo, y que debe perpetuarse en la eternidad.

Es, pues, para nosotros de un interés inmenso el misterio que Jesucristo fué á inaugurar en ese día, y para nosotros, en los cielos. Por nosotros, y por nuestra salvación, había bajado ó abatido su gloria; abatimiento inefable, que en la lengua de la Iglesia no ha podido ser expresado más que con estas palabras: «Descendió de los cielos:» *Descendit de cælis.* También por nosotros, y en nuestro provecho, en este día ha realzado su gloria, y ha opuesto á lo profundo de su abatimiento la sublimidad de su exaltación.

Iluminado por el Espíritu de Dios, el Rey David había conocido perfectamente, más de diez siglos antes del acontecimiento, todo cuanto en él había de magníficas ventajas y de inefable utilidad para nosotros en el misterio de la Ascensión. Hé ahí por qué, lleno de entusiasmo profético, exclamaba: «Pueblos y naciones del mundo entero, aplaudid con las manos, entregaos delante de Dios á los transportes del más vivo júbilo y de la más santa satisfacción; entonad himnos de triunfo en honor del que desde el Oriente se eleva sobre los cielos (1).

(1) Omnes gentes plaudite manibus. Jubilate Deo in voce exultationis. Psallite Domino qui ascendit super cælos ad Orientem. (*Salmos XLVI y XLVII.*)

Para justificar, pues, esos transportes de alegría, para despertarlos más y más en los corazones de los verdaderos cristianos, y para depurarlos completamente haciéndolos servir para nuestra santificación, queremos hacer como una reseña histórica de la ascensión del Salvador, y exponer en seguida, según San Pablo, alguna cosa acerca del grande misterio que Jesucristo llena por nosotros en los cielos. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Cuarenta días habían trascurrido desde que nuestro amable Salvador, vencedor de la muerte y del infierno, había resucitado á la vida, y durante todo ese tiempo, multiplicando sus apariciones y conversando con sus discípulos con la mayor familiaridad, no había cesado de convencerles de la identidad de su persona y de la verdad de su resurrección (1). Durante todo ese tiempo, el asunto de sus conversaciones y de sus discursos había sido el reino de Dios. Es decir, el reino celestial de que debía bien pronto tomar posesión, y también ese reino de Dios, que no es otra cosa que la Iglesia de Dios sobre la tierra conducida y dirigida por el espíritu de Dios (2). Es decir, que instruyó entonces á todos sus Apóstoles del sentido profético de todas las Escrituras; de todo lo que debe cumplirse sobre la tierra, y de todo lo que no debe realizarse más que en los cielos; de las relaciones del culto visible con lo que los misterios tienen de más elevado; de la institución y de la eficacia de los sacramentos con sus materias y sus formas simbólicas; de la constitución de las leyes y de la disciplina de su Iglesia; de la

(1) Quibus præbuit seipsum vivum in multis argumentis per dies quadraginta apprens eis. (*Act., I, 3.*)

(2) Loquens de regno Dei. (*Ibid.*)

creación de los Pastores y de la duración del ministerio pastoral. En todo eso les mostraba de qué modo las cosas presentes se coordinan con las cosas futuras: todo lo que se comienza en la tierra, con lo que debe consumarse en los cielos: de qué modo el orden de la gracia debe conducir al orden de la gloria, de que el de la gracia no es más que el bosquejo y la preparación (1).

Habiendo, pues, terminado la misión que había venido á cumplir sobre la tierra, Jesucristo quiso darla una conclusión digna de sí mismo y del que le había enviado. Eligió los testigos de su triunfo, como ya había elegido los de sus humillaciones. Sólo que aquí son más numerosos: porque si el Salvador no llama más que á las almas escogidas para las más terribles pruebas, tiene para sostener el valor de los débiles la esperanza de la recompensa. Además, como Dios había decretado fundar sobre el testimonio la prueba auténtica de la Religión, quiso que el grande hecho de su ascensión gloriosa fuese comprobado por testigos irrecusables. En presencia, pues, de todo el colegio apostólico, de su Santísima Madre, de las santas mujeres y de todos los que en seguida se encerraron en el cenáculo, Jesús, dejando impresos sobre la piedra los vestigios de sus piés adorables, comenzó á elevarse hacia los cielos por la sola virtud de su omnipotencia. *Videntibus illis elevatus est* (2).

¡Oh ascensión!... ¡Oh partida!... ¿Es posible, dice San Cipriano, imaginar nada más magnífico ni más glorioso que esa partida y esa ascensión (3)?

Cuéntase del Profeta Elías que fué arrebatado al cielo en un carro de fuego; para darnos á entender, dice San Gregorio, que Elías, aunque Profeta de Dios, en el fon-

(1) Gratia inchoatio gloriæ. (Santo Tomás.)

(2) Act., I, 9.

(3) Rei hujusmodi magnificentia summa superat intellectum. (San Cipriano.)

do no era más que un hombre, y tenía necesidad de un auxilio exterior para elevarse sobre la tierra (1). Pero de Jesús se dice que se elevó él mismo para que fuese notorio que siendo Dios y hombre á un mismo tiempo, sólo su virtud divina la bastaba, y que el que crió todas las cosas no tenía necesidad del ministerio ni del auxilio de criatura alguna (2).

San Lucas nos ha trasmitido otra particularidad tocante á la ascensión; y es que nuestro amable Salvador, en el momento de abandonar la tierra, elevando hacia lo alto sus divinas manos, bendijo con tierno afecto á sus Apóstoles, á su Santísima Madre, á las santas mujeres, y á todos sus discípulos (3). No le dudemos, bendijo en ellos á toda la Iglesia que había fundado, á toda la humanidad que había rescatado, y á la que ofrecía la gracia del Evangelio; á toda la tierra que había santificado con la efusión de su sangre, que había al menos preparado para la propagación de su Religión santa, y en que seguramente había debilitado el imperio del demonio. No sólo bendecía ya cuando sus sagrados piés tocaban todavía á la tierra, sino que el autor sagrado añade que el amable Salvador cuando se elevaba continuaba bendiciendo á derecha é izquierda (4), no dejando en su camino más que bendiciones. Así se completaba el carácter de la misión del Salvador, carácter todo de benignidad y de bondad, comprobado por el príncipe de los Apóstoles, cuando después de Pentecostés proclamaba en el templo esta verdad consoladora: Dios, resucitando á su Hijo, le ha enviado bendiciéndoos (5).

(1) Quia purus homo auxilio indigebat alieno. (San Gregorio.)

(2) Redemptor noster, non angelis, non curru sublevatus legitur, quia qui fecerat omnia, super omnia sua virtute ferebatur. (Ibid.)

(3) Elevatis manibus suis benedixi eis. (San Lucas, xxiv, 50.)

(4) Et factum est dum benediceret illis, recessit ab eis et ferebatur in cælum. (San Lucas, xxiv, 51.)

(5) Vobis primum Deus suscitans Filium suum, misit eum benedicentem vobis. (Act., III, 26.)

¡Cuán misteriosa, cuán fecunda, cuán eficaz es esa bendición!... Se dice en el *Génesis* que Dios, después de haber criado las plantas, los animales y el hombre, bendijo á todas sus criaturas (1). Y hé ahí que el Redentor también después de haber hecho en el orden de la gracia una creación nueva, bendice todo lo que ha regenerado. Como á consecuencia de la bendición del Dios Criador los animales comenzaron á multiplicarse, la raza humana á propagarse, la tierra á adornarse de flores y de frutos; del mismo modo, á consecuencia de esa bendición del Dios Redentor, se vió á los fieles multiplicarse, la Iglesia extenderse, y el universo adornarse de las flores y frutos de todas las virtudes.

El Profeta-Rey, ese Evangelista por anticipación, nos habla de los cautivos que el Salvador debía asociar á su triunfo. «Os habéis elevado, dice, hacia las alturas del cielo, y os habéis llevado con Vos numerosos cautivos (2).» Según la tradición de los Apóstoles, los Santos Padres han visto en esos cautivos el acompañamiento de todos los Santos retirados de este mundo antes de la venida de Jesucristo, de todos los Santos Patriarcas, de todos los Santos Profetas, de todos los justos que aguardaban en el limbo el día de su libertad. Así se realiza la esperanza de todos los siglos; y esa multitud de nobles prisioneros, arrancados para siempre á la envidia de la muerte y del infierno, viene á realzar la gloria del triunfo de la Ascensión, y á dar á todas las generaciones la seguridad de que el cielo se halla abierto, y que no lo está para Jesucristo solo, sino para todos los que creen y esperan en Él.

Al mismo tiempo, dice además aquel Profeta, la creación se conmueve, la tierra se estremece de júbilo, to-

(1) Et benedixit eis. (*Génesis*, I, 22, 28.)

(2) Ascendisti in altum cepisti captivitatem. (*Salmo* LXVII, 19.)

das las esferas se bajan, todos los cielos se entreabren, toda frente se inclina, toda rodilla se dobla, toda inteligencia se postra á su paso; todos los ángeles aplauden, todos los Santos entonan himnos, todos los instrumentos celestiales hacen oír sonidos melodiosos y arrebatadoras armonías; un júbilo universal estalla y publica ese triunfo, toda criatura adora y rinde homenaje al Rey que se eleva para ir á tomar posesión de su trono, al Dios altísimo, al Dios terrible, al Dios grande sobre todos los dioses (1).

¿Y por qué el Salvador muestra en su ascensión que es el triunfador sobre todos los triunfadores? ¿un Rey sobre todos los Reyes? Escuchad una voz que ha resonado en las bóvedas celestiales: «Espíritus evangélicos, príncipes de los cielos, quitad las barreras eternas, apresuraos á abrir en toda su latitud las puertas de la mansión celestial, de que sois custodios, y dejad entrar al Rey de la gloria (2).—¿Y cuál es ese Rey de la gloria? contestaron las falanges celestes.—El Rey de la gloria es el Señor fuerte y poderoso, el que acaba de señalar su fuerza y su poder en la lucha contra el vicio y la corrupción (3). El Rey de la gloria es el Dios de las santas milicias, el Dios de todos los que se hacen ilustres por los trabajos de la virtud (4).» Así habló la voz celestial. Penetremos, hermanos míos, en el sentido profundo de esos celestes oráculos; los triunfos de la virtud son los que Jesucristo, al entrar en los cielos, quiso reasumir y realizar en sí mismo. Hé ahí por qué no se contentó con hacer su entrada magnífica y gloriosa, sino que quiso que fuese

(1) Omnes gentes plaudite manibus; jubilate Deo in voce exultationis. Quoniam Dominus excelsus, terribilis, rex magnus super omnem terram.. Ascendit Deus in júbilo, et Dominus in voce tubæ. (*Salmo* XLVII, 1, 2, 7.)

(2) Attollite portas principes vestras et introivit Rex gloriæ. (*Ibid.*, XXIII, 7.)

(3) Quis est iste Rex gloriæ? Dominus fortis et potens, Dominus potens in prælio. (*Ibid.*, 8.)

(4) Dominus virtutum, ipse est Rex gloriæ. (*Ibid.*, 10.)

la gloria y la magnificencia misma brillando y manifestándose de manera que eclipsase toda gloria y toda magnificencia (1).

Pero al penetrar en esas sublimes profundidades, no olvidemos que hay en ellas secretos cuya sublimidad, inaccesible á la inteligencia del hombre, es necesario respetar; secretos que no es dado á ninguna lengua humana el repetir acá abajo.

Por eso Jesús desapareció á las miradas de sus discípulos, y una inmensa nube resplandeciente de luz le envolvió y le ocultó á su vista. Ya no pudieron seguirle más que con los deseos de su corazón, con sus bendiciones y sus protestas de fidelidad y de amor (2).

Mas para que nada falte á la gloria del triunfador, escuchad, hermanos míos, lo que dos ángeles fueron á decir á los dichosos espectadores de su triunfo. Habían quedado completamente absortos, en un éxtasis de tristeza, á la par que de júbilo y de admiración. No podían apartar sus ojos del lado del cielo por donde Jesucristo había desaparecido. «Hombres de Galilea, les dijeron los dos mensajeros celestiales, ¿por qué tenéis fija la mirada en el cielo (3)? El mismo Jesucristo que acaba de dejaros para subir á los cielos, volverá un día de la misma manera que le habéis visto elevarse sobre las nubes (4).»

¡Cuán graves son esas palabras!... ¡Cuán terrible es esa profecía!... Los mensajeros del cielo nos lo significan. Cuando Jesucristo vuelva, no será ya con el exterior de la humillación, de la debilidad y del sufrimiento, como en su primer advenimiento, sino desplegando toda

(1) Elevata est magnificentia tua super cœlos. (*Ibid.*, viii, 2.)

(2) Et nubes suscepit eum ab oculis eorum. (*Act.*, i, 9.)

(3) Quid statis adspicientes in cœlum? (*Act.*, i, 11.)

(4) Hic Jesus qui assumptus est à vobis in cœlum, si veniet quemadmodum vidistis eum euntem in cœlum. (*Ibid.*)

su gloria, su poder y su majestad, como en su ascensión á los cielos: volverá tal como subió, no como había bajado, dice San Bernardo (1). No será como la primera vez para ser juzgado y condenado por los hombres, sino para juzgar á su vez á los que le desconocieron, ofendieron, despreciaron, persiguieron, le mofaron y dieron muerte. Sí; vendrá para juzgar el que vino para ser juzgado, dice San Agustín (2). Es decir, que el que había venido para salvar á los pecadores volverá para perderlos; el que había venido para expiar el pecado, volverá para castigarle. Y así como el día de su primer advenimiento fué un día de bondad, de misericordia, de perdón, de paz, de esperanza y de alegría, el día de su último advenimiento será un día de justicia, de cólera, de amargura, de desolación y de horror (3).

Pero no alteremos el santo júbilo de este día con este triste pensamiento; continuemos más bien regocijándonos con San Cipriano, de una cosa tan nueva, tan extraña como el ver á nuestra naturaleza terrestre que en la persona de Jesucristo se ha elevado hoy hasta sobre el regio trono de los cielos (4).

Los primeros cristianos hacían de este grande prodigio el objeto de sus meditaciones, de sus delicias y de su amor. En efecto; en las Catacumbas de Roma, por ejemplo, y particularmente en las de Santa Inés, en las que se practican excavaciones hace algunos años en aquellos sitios subterráneos en donde vivían ocultos nuestros antiguos padres, los discípulos de los Apóstoles, los héroes del cristianismo, ¿sabéis la pintura que se encuentra con más frecuencia? Pues es la de Jesús en

(1) Veniet quemadmodum ascendit, non quemadmodum descendit. (*San Bernardo.*)

(2) Veniet judicaturus, qui venerat judicandus. (*San Agustín.*)

(3) Dies ira, dies illa calamitatis et miseriæ. (*Soph.*, i, 15.)

(4) Spectaculum novum et peregrinum, caro nostra super regium solium erecta! (*San Cipriano.*)

traje de pastor, que con una oveja sobre los hombros se va al cielo, es decir, justamente el misterio de este día. Ya sabéis que el buen Pastor de que se habla en la parábola, dejando en el desierto las noventa y nueve ovejas, marchó en busca de la centésima que se le había extraviado, y habiéndola encontrado, la colocó gozoso sobre sus hombros, y la volvió al redil: sabéis, digo, que ese buen Pastor es el Verbo Eterno, el Hijo de Dios mismo, que habiendo dejado en los cielos las jerarquías angélicas, vino á la tierra á buscar á la humanidad, esa oveja extraviada por la falta del primer padre, y expuesta á ser la presa de los lobos infernales. No contento con llamar á sí con su predicación, de atraer por su gracia, y de lavar con su sangre á la raza humana en su generalidad, unió á sí, incorporó consigo y tomó sobre sí las primicias de esa humanidad por su encarnación. Jesucristo, pues, que en este día entra en el cielo con un alma, un cuerpo de nuestra naturaleza, y con esa oveja tomada de nuestro rebaño, Jesucristo, según San Epifanio, es el buen Pastor, que en su persona lleva sobre sus hombros y comienza á introducir en el redil celestial á la humanidad antes extraviada, la ofrece como don á su Padre, y le hace homenaje de ella (1).

Más tarde, si á Dios place, explicaré este delicioso misterio de la humanidad elevada al cielo para reinar en él (2). Hoy me apresuro á exponeros el misterio no menos delicioso de la humanidad introducida en el cielo por Jesucristo, para ser allí la víctima del sacrificio eterno ofrecido por nosotros (3). Mas para hacerlos comprender mejor esa exposición, debo hacerla preceder de un preám-

(1) Nimirum pastor ille bonus, errabundam ovem quæsitam, inventamque humeris clementer impossitam ad cælestem patriam adduxit et cælesti Patri muneris loco obtulit. (*San Epifanio.*)

(2) Véase el sermón sobre *El Cielo*, que se encuentra al fin de este volumen.

(3) Ut appareat vultus Dei pro nobis. (*Hebr.*, ix, 24.)

bulo necesario, desarrollando brevemente un carácter particular de las Sagradas Escrituras.

SEGUNDA PARTE.

Jesucristo, desde el día mismo de su resurrección, anunciando á sus discípulos su partida para el cielo, pronunció estas dulces y tiernas palabras: «Subo adonde está mi Padre, que es también el vuestro; adonde se encuentra mi Dios, que es también vuestro Dios (1).» Es, pues, evidente, según la voluntad y el testimonio del mismo Jesucristo, que todos los cristianos no formamos con Jesucristo más que un solo pueblo, una sola familia, bajo un mismo Dios, bajo un mismo Padre. Así es que el divino Salvador nos ha tratado como á sus hermanos amados. Si se ha declarado el primogénito, sólo ha sido para prodigarnos á nosotros, sus hermanos menores, los cuidados del más tierno amor, las muestras de la más perfecta adhesión. No quiso separarse de nosotros sin dejarnos un recuerdo, el más rico, el más magnífico, el más digno de su indecible bondad, dejándonos su cuerpo por alimento en la sagrada Eucaristía. Y lo que no hubiera podido ser más que un simple recuerdo, ha llegado á ser como el compendio, el resumen, y en cierto modo la condensación de todas sus maravillas (2). Pero no se ha contenido ahí: ese hermano afectuoso, apenas regresó á los cielos, se apresuró á escribirnos para confirmarnos los testimonios de su ternura; porque los escritores sagrados, según la expresión del Profeta-Rey, no fueron sino como unos secretarios, que pusieron sus lenguas y

(1) Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum. (*San Juan*, xx, 17.)

(2) Memoriam fecit mirabilium suorum; escam dedit timentibus se. (*Salmo* cx.)